

Hecho el primer catálogo de obras las piezas quedaban clasificadas, con conocimiento de lo que existía. Marchó de Atienza, poco después de llevarse a cabo el inventario, don Lucas de la Villa, siendo sustituido por uno de los párrocos intelectuales más conocidos de la provincia, don Epifanio Herranz Palazuelos, quien continuó con esa labor emprendida, y aquella lucha contra la gigantesca maquinaria del Estado. Por Atienza se pasearon ministros y directores generales, prometiendo que a no tardar se daría inicio a las obras del proyectado museo, mientras las iglesias se derrumbaban. A don Epifanio lo sustituyó don Sebastián Sanz López, quien todavía, porque los tiempos avanzaron un poco más, consiguió algo: que los tejados de las iglesias se comenzasen a retejar. Y a don Epifanio sustituyó don Constantino Casado, quien entabló más de una batalla, enfrentándose incluso a algunos vecinos de la villa, por lograr el anhelado Museo. Glorioso es, sin duda, uno de los artículos de prensa que al respecto publicó quien ya era vecino de la villa, el periodista Luis Carandell, quien de una u otra manera también ayudó, como tantas manos anónimas, a dar a conocer lo que Atienza guardaba en sus celadas alacenas.

En tiempos de unos y otros párrocos se aprobaron algunas primeras ayudas para obras en la iglesia de San Gil, y en la Santísima Trinidad. En Santa María del Rey lo hicieron antes. Poca cosa, puesto que los tiempos, en historia y política, no estaban para demasiados derroches. También marcharon don Sebastián Sanz y don Constantino Casado sin ver culminados sus deseos.

La llegada de don Agustín González, y el cambio de la sociedad española, y de la política, en muchos aspectos, propició que las comunidades autónomas, y las diputaciones provinciales, aflojasen un poco la mano del monedero, y aportasen algunos capitales para ir empezando a subsanar el agujero que dejó la historia y el pasar del tiempo en nuestras iglesias. Entre ellas la de San Gil, a la que por fin, allá por el inicio de la década de 1980 le llegó el primer presupuesto para obras, algo así como ocho millones de las pesetas que tanto se estiraban, y que tardaron más de la cuenta en llegar. A estas se sumaron algunas más tiempos después y, poco a poco, la obra se fue concluyendo, no sin dejarse en el camino, unos cuantos quebrantos y no pocos paseos el párroco que llevaba a cabo el cometido.

